

Autor de éxito del *New York Times*

James C. Dobson

CÓMO CRIAR A LOS VARONES

Consejos prácticos para aquellos que están formando
a la próxima generación de hombres



DR. JAMES DOBSON

Cómo criar a los varones

James C. Dobson

CÓMO CRIAR
A LOS
VARONES

Consejos prácticos para aquellos que están formando
a la próxima generación de hombres

DR. JAMES DOBSON



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Cómo criar a los varones: Consejos prácticos para aquellos que están formando a la próxima generación de hombres

© 2022 por James Dobson. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2001 como *Bringing Up Boys: Shaping the Next Generation of Men* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-0-8423-6929-9.

Fotografía de la portada por Brian MacDonald, © Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Fotografía del Dr. Dobson y su hijo, Ryan, por Ron Van Tongeren.

Diseño: Alberto C. Navata Jr.

Edición en inglés: Lisa A. Jackson

Traducción al español: Cecilia Romanenghi de De Francesco

Edición en español: Luis Marauri

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*®, NVI®. © 1999 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-6105-6

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

28 27 26 25 24 23 22
7 6 5 4 3 2 1

*Le dedico cariñosamente este libro a
mi hijo Ryan (cuya foto se encuentra en la contraportada),
quien nos ha traído tanto gozo y felicidad a su madre y a mí.*

*De todos los títulos que me han dado, incluyendo
el de psicólogo, escritor, profesor y presidente,
el que más valoro es simplemente: «Papá».*

*Ser el padre de Ryan y de su hermana, Danae,
ha sido lo más destacado de mi vida.*

C O N T E N I D O

	RECONOCIMIENTOS	IX
1	EL MARAVILLOSO MUNDO DE LOS VARONES	I
2	<i>VIVE LA DIFFÉRENCE</i>	11
3	¿CUÁL ES LA DIFERENCIA?	23
4	ESPÍRITUS HERIDOS	39
5	EL PADRE ESENCIAL	65
6	PADRES E HIJOS	81
7	MADRES E HIJOS	99
8	LA PERSECUCIÓN DE LA ORUGA	117
9	LOS ORÍGENES DE LA HOMOSEXUALIDAD	133
10	PADRES SOLTEROS, SEPARADOS Y ABUELOS	155
11	«¡ALLÁ VAMOS!»	175
12	LOS HOMBRES SON UNOS TONTOS	191
13	LOS VARONES EN LA ESCUELA	215
14	DEPREDADORES	237
15	LA IMPORTANCIA DE PERMANECER CERCA	257
16	CÓMO DISCIPLINAR A LOS VARONES	271
17	LA PRIORIDAD SUPREMA	293
	NOTAS	307

RECONOCIMIENTOS

EXPRESO MI GRATITUD a varios asistentes y compañeros de trabajo que han hecho una contribución significativa a la creación de este libro. El primero de ellos es Craig Osten, quien buscó incansablemente en la literatura profesional y en la prensa popular estudios relevantes y material, librándome de esa tarea. Fue inspirador observar su habilidad como investigador. Por ejemplo, un día le pedí que buscara una cita dudosa que recordaba vagamente de los escritos del filósofo ruso Alexander Solzhenitsyn. No podía recordar las palabras exactas, pero la idea era que la generación de Solzhenitsyn no sabía cuál era su significado. No recordaba el nombre del libro que contenía este pensamiento, el año en que se había escrito ni cualquier otro detalle que hubiera ayudado a identificar la fuente. Sin embargo, Craig salió en su búsqueda como un perro de caza persiguiendo a un convicto. A la mañana siguiente, me trajo la frase palabra por palabra y me dijo que el autor no era Solzhenitsyn, sino el doctor Francis Schaeffer, quien se encontraba en un polvoriento libro de 1972 titulado *He Is There and He Is Not Silent* (*Él está presente y no está callado*). La verdadera cita ahora aparece en el capítulo final de *Cómo criar a los varones*, y dice lo siguiente: «El dilema del hombre moderno es claro: no sabe por qué el hombre tiene significado en sí. [...] Esta es la condenación de nuestra generación, el meollo del problema del hombre moderno».

Gracias, Craig, por tu diligencia y competencia a lo largo de la ardua tarea de escribir este libro. El manuscrito final hubiera sido muy diferente y mucho menos completo sin tu contribución.

También quiero agradecer a mi secretaria personal, Patty Watkins, y a sus tres colegas —Sherry Hoover, Joy Thompson y Mary Jo Steinke— por su ayuda constante. Este equipo junto a Bill Berger y Ron Reno está compuesto por gente eficiente que jamás se da por vencida. También estoy agradecido a Herb y Dona Fisher, y a Elsa Prince Broekhuizen, quienes me proporcionaron cómodos «escondites» donde podía ir a escribir a solas. También debo reconocer las contribuciones de los doctores Walt Larimore y Brad Beck, quienes revisaron y retocaron el capítulo que trata acerca de la fisiología y la neurología de la masculinidad, y al neurólogo Randall Bjork, doctor en medicina, quien proporcionó consultas adicionales. También me beneficié grandemente de las sugerencias que hizo el psicólogo Tim Irwin, y de las cartas incluidas en este manuscrito escritas por el reverendo Ren Broekhuizen, por el doctor C. H. McGowen, y por Karen Cotting. A cada uno de ustedes y a tantos otros, muchas gracias por su amabilidad y participación.

Finalmente, quiero expresar mi más profundo amor y aprecio a la dama más especial de mi vida. Después de casi cuarenta y un años de casados y más de veinte libros, Shirley sabe lo que significa tener un esposo que se «pierde» durante días en un manuscrito que parece no terminar jamás. En este caso, unos treinta meses se invirtieron en la creación de *Cómo criar a los varones* mientras seguimos dirigiendo una gran organización que se desarrolla con rapidez. Fue Shirley la que, en un principio, me alentó a referirme al tema de los varones y estuvo a mi lado cuando la tarea parecía abrumadora. No me sorprende. Ella ha sido mi inspiración, mi apoyo y mi pasión durante más de cuatro décadas. Y lo mejor todavía está por venir.

EL MARAVILLOSO MUNDO DE LOS VARONES

CAPÍTULO 1

MIS SALUDOS A todos los hombres y las mujeres de este mundo que tienen la bendición de ser llamados padres. No hay privilegio mayor en la vida que traer a este mundo un pequeño ser humano, y tratar de criarlo correctamente durante los próximos dieciocho años. Hacer bien ese trabajo requiere de toda la inteligencia, la sabiduría y la determinación de la que usted pueda armarse. Y para los padres cuya familia incluye a uno o más muchachos, tal vez el mayor desafío sea tratar de mantenerlos vivos a través de la niñez y la adolescencia.

En nuestra familia, tenemos un simpático jovencito de cuatro años de edad, llamado Jeffrey, que es «todo un muchacho». Un día, la semana pasada, sus padres y abuelos estaban conversando en la sala cuando se dieron cuenta que hacía varios minutos que no habían visto al niño. Lo buscaron por todas partes de inmediato, pero no lo pudieron encontrar en ningún lugar. Cuatro adultos fueron por todo el vecindario, llamando: «¡Jeffrey! ¡Jeffrey!». Pero no tuvieron ninguna respuesta. Simplemente, el muchacho había desaparecido. Toda la familia se llenó de pánico, al pensar en todas las cosas terribles que pudieran haberle ocurrido. ¿Lo habrían secuestrado? ¿Se habría ido caminando lejos de la casa? ¿Estaría en peligro de muerte? Todos oraban entre dientes mientras iban de un lugar a otro. Después de quince minutos de puro terror, alguien sugirió llamar al 911. Mientras entraban de nuevo a la casa, el muchacho saltó delante de ellos, y le dijo a su abuelo: «¡Eh!». El pequeño Jeffrey, que

Dios lo bendiga, se había escondido debajo de una cama mientras que el caos reinaba a su alrededor. Eso fue lo que se le ocurrió para hacerles una broma. Creyó que todos los demás pensarían también que aquello había sido cómico. Se sorprendió cuando se dio cuenta de que cuatro personas mayores estaban muy enojadas con él.

Jeffrey no es un muchacho malo o rebelde. Simplemente es un muchacho. Y en caso de que usted no se haya dado cuenta, los muchachos son diferentes de las muchachas. Las generaciones anteriores nunca dudaron de ese hecho. Sabían intuitivamente que cada sexo era «una raza distinta» y que los muchachos eran típicamente los más impredecibles de los dos. Los padres y los abuelos sabían que, por lo general, las niñas son dulces, cariñosas y tranquilas; pero los niños son activos, arriesgados y traviesos. «Los muchachos serán muchachos», decían a sabiendas. Y tenían razón.

Los muchachos suelen ser (aunque no siempre) más difíciles de criar que sus hermanas. También las muchachas pueden ser difíciles de manejar, pero hay algo desafiante acerca de los muchachos. Aunque los temperamentos individuales varían, los muchachos están «diseñados» para ser más enérgicos, audaces y excitables que las muchachas. El psicólogo John Rosemond los llama «pequeñas máquinas activas»¹. Un padre se refirió a su hijo como «totalmente un dispositivo de poscombustión sin timón». Estas son algunas de las razones por las que Maurice Chevalier nunca cantó «Gracias a Dios por los muchachos pequeños». Ellos simplemente no inspiran mucho sentimentalismo.

En un artículo titulado «What Are Boys Made Of?» («¿De qué están hechos los muchachos?»), la reportera Paula Gray Hunker citó a una madre, llamada Meg MacKenzie, quien dijo que criar a sus hijos varones es como vivir con un tornado. «Desde el momento en que regresan de la escuela, se ponen a correr por toda la casa, a trepar árboles en el patio y a armar un alboroto dentro de la casa que uno pensaría que hay una manada de elefantes en el piso de arriba. Trato de calmarlos, pero mi esposo me dice: “Esto es lo que hacen los muchachos. Tienes que acostumbrarte”».

La reportera continúa diciendo:

La señora MacKenzie, la única persona del sexo femenino en una familia de varones, dice que esta tendencia (de los muchachos) a brincar, y entonces escuchar, la vuelve loca. «No puedo solo decirles a mis muchachos: “Arreglen el cuarto”. Si les digo eso, guardan uno o dos juguetes, y se

imaginan que ya terminaron la tarea. He aprendido que tengo que ser muy, pero muy, específica». Ella se ha dado cuenta de que los muchachos no responden a indicaciones sutiles, necesitan que se les diga claramente lo que tienen que hacer. «Pongo un cesto de ropa lavada en la escalera, y los muchachos le pasan por el lado veinte veces, y ni una sola vez se les ocurre llevarlo arriba», dice ella².

¿Le resulta eso conocido? Si usted tiene una fiesta de cumpleaños para niños de cinco años de edad, es probable que los muchachos se comporten de una manera muy diferente de las muchachas. Es casi seguro que uno, o más de ellos, aviente pedazos de pastel, meta las manos en la ponchera o arruine los juegos de las muchachas. ¿Por qué son así? Algunas personas dirían que su naturaleza traviesa es resultado de lo que han aprendido de la cultura. ¿De veras? Entonces, ¿por qué los muchachos son más activos en cada sociedad en el mundo entero? ¿Y por qué el filósofo griego Platón escribió hace más de 2300 años: «De todos los animales, el muchacho es el más incontrolable»?³

Uno de mis libros favoritos es el titulado: *Up to No Good: The Rascally Things Boys Do* (Buscando problemas: Las pícaras cosas que hacen los niños), editado por Kitty Harmon. Es una recopilación de historias contadas «por hombres adultos muy buenos», recordando sus años de la niñez. Los siguientes son varios ejemplos que me hicieron sonreír:

En el séptimo grado, el maestro de biología nos hizo disecionar fetos de cerdos. Mis amigos y yo nos quedamos con el hocico de un cerdo, y lo pusimos en la fuente de agua potable para que el agua saliera directamente hacia arriba por sus orificios nasales. Nadie se daba cuenta hasta que se inclinaba y estaba a punto de beber. El problema es que nosotros queríamos quedarnos cerca y ver los resultados, pero entonces comenzamos a reírnos tan fuerte que nos agarraron con las manos en la masa. A todos nos dieron unas buenas nalgadas por eso.

MARK, OHIO, NACIDO EN 1960

Un amigo y yo encontramos una lata con gasolina en el garaje, y decidimos vaciarla en una boca de alcantarilla, encenderla y ver qué sucedería. Destapamos la boca de alcantarilla, echamos un poco de gasolina dentro, y luego

volvimos a taparla dejándola entreabierta. Nos pusimos a tirar fósforos dentro, pero no sucedió nada, así que echamos toda la gasolina dentro. Finalmente, hubo un ruido como si fuera un motor a chorro arrancando, y luego un enorme estruendo. La tapa de la boca de alcantarilla salió volando por el aire, y una tremenda llama subió hasta más o menos cinco metros de altura. La tierra se sacudió como si aquello hubiera sido un terremoto, y la tapa de la boca de alcantarilla cayó a cuatro metros de distancia, en el camino de entrada de la casa de un vecino. Lo que sucedió fue que la gasolina bajó por las líneas del alcantarillado, más o menos por una cuadra, y se vaporizó con todo el gas metano que había allí, y los inodoros de todos nuestros vecinos explotaron. Ahora soy plomero, por eso sé exactamente qué fue lo que sucedió.

DAVE, WASHINGTON, NACIDO EN 1952

Soy ciego, y cuando era niño algunas veces jugaba con otros niños ciegos. Y siempre encontramos tantas o más formas de meternos en problemas como los muchachos que podían ver. Como una ocasión, en la que yo estaba en casa de un amigo ciego, y él me llevó al garaje para enseñarme la motocicleta de su hermano mayor. Los dos decidimos sacarla para dar un paseo. ¿Por qué no? Nos fuimos en ella calle abajo, buscando a tientas el borde de la acera, nos deteníamos en cada intersección, apagábamos el motor, escuchábamos, y luego cruzábamos. Así fuimos todo el camino hasta la pista de carreras de la escuela secundaria, donde verdaderamente podíamos soltarnos. Lo primero que hicimos fue amontonar un poco de tierra en las vueltas de la pista, para sentir el bulto y saber que aún estábamos en ella. Entonces arrancamos, cada vez íbamos más rápido, y nos estábamos divirtiendo de verdad. Lo que no sabíamos era que otras personas estaban haciéndonos señas, tratando de que saliéramos de allí. No podíamos oírlos, debido al ruido del motor de la motocicleta, y casi los atropellamos. Llamaron a la policía, y cuando los agentes llegaron nos hicieron señas tratando de hacernos salir de la pista, pero seguimos corriendo. Por último, pusieron a sonar las sirenas y usaron sus megá-

fonos, y entonces nos detuvimos. Estaban furiosos, y no podían creernos que no los habíamos visto. Demostramos que éramos ciegos enseñándoles nuestros relojes para ciegos, y entonces nos escoltaron hasta nuestra casa.

MIKE, CALIFORNIA, NACIDO EN 1953⁴

Como estas historias demuestran, uno de los aspectos más temibles acerca de la crianza de los muchachos es su tendencia a arriesgar la vida sin ninguna razón. Y esto comienza desde muy temprano. Si un niño pequeño puede subirse a algo, se va a tirar de ello. Camina dando tumbos y fuera de control hacia las mesas, las bañeras, las piscinas, las escaleras, los árboles y las calles. Se come cualquier cosa menos la comida, y le gusta jugar en el inodoro. Hace «pistolas» con pepinos o con cepillos de dientes, y le gusta hurgar en las gavetas, los frascos de píldoras y la cartera de su mamá. Y ojalá que no ponga sus manitas sucias en un lápiz labial. Un muchacho molesta a los perros gruñones, y agarra a los gatitos por las orejas. Su mamá tiene que vigilarlo continuamente para impedir que se mate. A él le gusta tirar piedras, jugar con fuego y romper vasos. También disfruta muchísimo irritando a sus hermanos y hermanas, así como a su madre, sus maestros y otros niños. A medida que va creciendo, se siente atraído por todo lo que es peligroso: monopatinés, escalada en rocas, colgarse de un planeador, motocicletas y bicicletas de montaña. Cuando casi tiene dieciséis años, él y sus amigos comienzan a manejar por toda la ciudad como si fueran pilotos suicidas japoneses de la Segunda Guerra Mundial. Es asombroso que alguno de ellos sobreviva. Por supuesto que no todos los muchachos son así, pero la mayoría de ellos lo son.

La psicóloga canadiense Barbara Morrongiello estudió las diferentes maneras en que los muchachos y las muchachas piensan acerca del comportamiento arriesgado. Ella dijo que las muchachas tienden a pensar detenidamente acerca de si podrían hacerse daño o no, y es menos probable que se arriesguen si existe alguna posibilidad de lastimarse. Sin embargo, los muchachos corren el riesgo si piensan que el peligro vale la pena. La mayoría de las veces creen que impresionar a los amigos (y al fin y al cabo a las muchachas) hace que valga la pena arriesgarse. La psicóloga Morrongiello contó la historia de una madre cuyo hijo se subió al techo del garaje para agarrar una pelota. Cuando ella le preguntó si se daba cuenta de que se podía caer, él dijo: «Bueno, tal vez no me caiga»⁵.

Un estudio relacionado con esto, hecho por Licette Peterson, confirmó que las muchachas son más miedosas que los muchachos. Por

ejemplo, ellas frenan antes cuando montan en bicicleta. Reaccionan más negativamente al dolor, y tratan de no cometer el mismo error dos veces. Por otro parte, los muchachos son más lentos para aprender de las calamidades. Tienen la tendencia a pensar que sus lesiones fueron causadas por la «mala suerte»⁶. Quizá su suerte será mejor la próxima vez. Además, las cicatrices son fabulosas.

Nuestro hijo, Ryan, se encontró en una situación peligrosa tras otra. Cuando cumplió los seis años ya conocía a muchos de los asistentes y los doctores de las salas de emergencia locales. ¿Y por qué no iba a ser así? Había sido su paciente con regularidad. Un día, cuando tenía más o menos cuatro años, estaba corriendo en el patio con los ojos cerrados, y se cayó encima de una «planta» decorativa de metal. Una de las barras de acero se le clavó en la ceja derecha dejando al descubierto el hueso. Entró tambaleándose por la puerta trasera, bañado en sangre, un recuerdo que todavía le causa pesadillas a Shirley. De nuevo, fueron al centro de traumas. Por supuesto, pudo haber sido mucho peor. Si la trayectoria de la caída de Ryan hubiera sido diferente, por nada más que un centímetro, la barra se le hubiera metido en el ojo, y lo hubiera penetrado hasta el cerebro. Nosotros le hemos dado gracias a Dios muchas veces por las ocasiones en que él libró a nuestro hijo de que le ocurriera una desgracia.

Yo también fui uno de esos muchachos que vivieron al borde del desastre. Cuando tenía más o menos diez años, estaba muy impresionado con la forma en que Tarzán podía saltar de un árbol a otro agarrándose de las lianas. Nunca nadie me dijo: «No trates de hacer eso en casa». Un día, me subí hasta lo más alto de un peral, y amarré una soga a una pequeña rama. Luego me puse en posición para bajar hasta el próximo árbol. Lamentablemente, cometí un pequeño error de cálculo, pero muy significativo. La soga era más larga que la distancia que había desde la rama hasta el suelo. En todo el camino hacia abajo no dejé de pensar en que parecía que algo andaba mal. Aún estaba agarrado de la soga, cuando aterricé de espaldas, cuatro metros abajo, y me quedé sin resuello. No pude respirar por lo que me pareció como una hora (debe de haber sido diez segundos aproximadamente), y yo estaba seguro de que me estaba muriendo. Se me rompieron dos dientes, y en mi cabeza resonaba fuertemente un sonido que era como si estuvieran golpeando un gong. Pero luego de esa tarde, yo estaba levantado y corriendo de nuevo. Aquello no había sido gran cosa.

El año siguiente, me regalaron un juego de química para Navidad. No contenía explosivos ni materiales tóxicos, pero en mis manos cualquier cosa podía ser peligrosa. Mezclé unas sustancias químicas de color

azul brillante en un tubo de ensayo, y le puse el tapón bien apretado. Luego comencé a calentar la sustancia, con un mechero Bunsen. Muy pronto, todo aquello explotó. Mis padres recién habían terminado de pintar el techo de mi habitación de un color blanco muy brillante. Pronto el techo había sido decorado con salpicaduras del más hermoso color azul, que permanecieron allí por tres años. Así era la vida en la casa de los Dobson.

Debe ser algo genético. Me dijeron que mi padre fue también un terror en su tiempo. Cuando era pequeño, un amigo lo desafió a gatear a través de un tubo de desagüe, que era del largo de una cuadra. Solo podía ver un puntito de luz al otro extremo, pero comenzó a avanzar lentamente en la oscuridad. Inevitablemente, según supongo, se quedó atascado en algún lugar en medio. La claustrofobia se apoderó de él mientras luchaba en vano, tratando de avanzar. Allí estaba él, completamente solo y sin poder moverse dentro de aquel tubo negro, como boca de lobo. Aunque los adultos hubieran sabido de su aprieto, no habrían podido alcanzarlo. Los socorristas habrían tenido que desenterrar todo el tubo para encontrarlo a él, y sacarlo de allí. Finalmente, el muchacho que iba a ser mi padre, logró salir por el otro extremo del tubo y sobrevivió, gracias a Dios, para vivir otro día como aquél.

Voy a dar dos ejemplos más: Mi padre y sus cuatro hermanos eran muchachos que se exponían a muchos riesgos. Los dos mayores eran gemelos. Un día, cuando tenían tan solo tres años de edad, mi abuela estaba preparando frijoles para la cena. Cuando mi abuelo se iba para su trabajo, le dijo a mi abuela, a una distancia de los hijos desde la que ellos podían oír: «No dejes que los muchachos se metan algunos frijoles en la nariz». ¡Ese fue un mal consejo! Tan pronto como su mamá se dio vuelta, se llenaron la nariz de frijoles. Mi abuela no pudo sacárselos, así que sencillamente empezaron a brotar. En realidad, les estaban creciendo retoños verdes en las fosas nasales. Un médico trabajó diligentemente para sacarles las pequeñas plantas, pedazo a pedazo.

Y años después, los cinco muchachos estaban de pie mirando el impresionante campanario de una iglesia. Uno de ellos desafió a los otros a treparse por el lado de afuera, y ver si podían tocar la parte más alta. Los cuatro, que habían sido desafiados, se pusieron a trepar la estructura como si fueran monos. Mi padre me dijo que fue la gracia de Dios, y nada más, lo que impidió que se cayeran de las alturas. Ese fue un día normal en la vida de cinco muchachos traviosos.

¿Qué es lo que hace que los muchachos se comporten de esa manera?
¿Qué fuerza interna los impulsa a balancearse al borde del desastre?

¿Qué es lo que hay en el temperamento masculino que impulsa a los muchachos a desafiar la ley de la gravedad e ignorar la tierna voz del sentido común, que dice: «No lo hagas, hijo»? Los muchachos son así por la forma en que están hechas sus conexiones neurológicas, y por la influencia de sus hormonas que estimulan cierto comportamiento activo. En el capítulo siguiente examinaremos esas complicadas y poderosas características masculinas. No podemos entender a los varones de cualquier edad, incluyéndole a usted mismo o a aquel con quien usted podría estar casada, sin saber algo acerca de las fuerzas que operan en su interior.

Queremos ayudar a los padres a criar muchachos «buenos» en esta era posmoderna. La cultura está en guerra con la familia, especialmente con los miembros más jóvenes y vulnerables. Mensajes perjudiciales y tentadores les son comunicados a gritos por medio de las películas y la televisión, la industria de la música rock, los defensores de la ideología de las llamadas relaciones sexuales sin riesgo, los activistas homosexuales y la obscenidad que es fácilmente accesible en la Internet. La pregunta con que se enfrentan los padres es «¿Cómo podemos guiar a nuestros niños y niñas más allá de la multitud de influencias con las que se enfrentan por todas partes?». Este es un asunto con consecuencias eternas.

Nuestro propósito en cuanto a eso será ayudar a las madres y los padres mientras «juegan la defensa» a favor de sus hijos, es decir, mientras protegen a esos muchachos de tentaciones inmorales y peligrosas. Pero eso no es suficiente. Los padres necesitan «jugar delantera», para sacar provecho de los años impresionables de la niñez al inculcar en sus hijos los precedentes del carácter. Durante dos breves décadas, la tarea de ellos será transformar a sus muchachos inmaduros e inconstantes en hombres honestos y compasivos, que serán respetuosos de las mujeres, fieles en el matrimonio, cumplidores de sus compromisos, líderes firmes y decididos, buenos trabajadores, y hombres que estén seguros de su masculinidad. Y por supuesto, el objetivo fundamental para las personas de fe es darle a cada hijo una comprensión de las Escrituras y una pasión por Jesucristo que dure toda la vida. Esta es, según creo, la responsabilidad más importante que tenemos cada uno de nosotros, a quienes se nos ha confiado el cuidado y la crianza de los niños.

Hace un siglo, los padres tenían una comprensión mucho mejor de estos objetivos a largo plazo y de cómo lograrlos. Hoy en día, algunas de sus ideas aún son factibles, y luego las compartiré con ustedes. También proveeré un resumen de las últimas investigaciones sobre el desarrollo de los niños y la relación entre padres e hijos. Mi oración es que los

hallazgos y recomendaciones obtenidos de esta cantidad de información, combinados con mi propia experiencia profesional de más de treinta años, les dé ánimo y consejos prácticos a aquellos que van por este camino.

Así que prepárense. Tenemos mucho terreno interesante que recorrer. Pero antes, he aquí un pequeño poema para comenzar. Lo he tomado de la letra de una canción que me gusta mucho y que me fue enviada por mi amigo Robert Wolgemuth. Cuando Robert era un jovencito, su madre, Grace Wolgemuth, les cantaba: «That Little Boy of Mine» («Ese muchachito mío») a él y a sus hermanos. Por primera vez escuché esa canción cuando Robert y su esposa, Bobbie, se la cantaron a mi madre en 1983. Una búsqueda de los derechos de autor, no produjo ninguna información acerca de la propiedad de la letra ni de la música. Que ellos sepan, los hijos de Grace Wolgemuth creen que ella compuso la canción para ellos, y la estoy usando con su permiso.

ESE MUCHACHITO MÍO

*Dos ojos que tan nítidos brillan,
dos labios que un beso de buenas noches dan,
dos brazos que fuertemente me abrazan.
Ese muchachito mío.
Nadie jamás podría saber, cuánto ha significado
tu venida.
Lo eres todo para mí. Eres algo que el cielo ha
enviado.
Tú eres mi mundo.
Sobre mis rodillas te subes.
Siempre para mí serás:
Ese muchachito mío.⁷*